



Quedarse en su cabeza

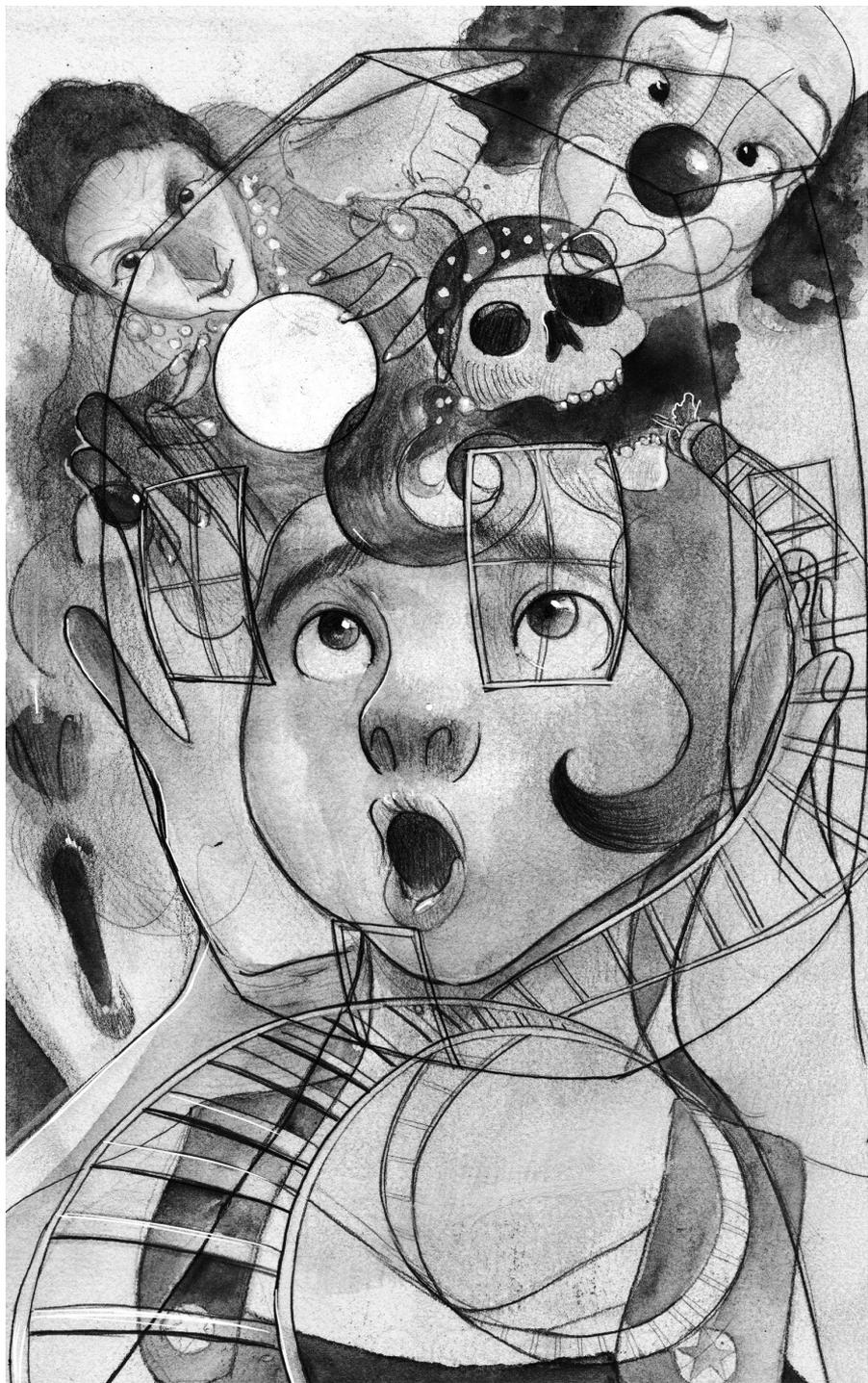
Todos tenemos al menos una casa. Con suerte tenemos dos o tres o muchas. Esta casa dos y esta casa tres y estas casas muchas tienen una cama para nosotros, ventanas para ver el mundo, fotos de personas que conocemos, un rincón que es sólo nuestro y quizá hasta un perro que mueve la cola cuando entramos por la puerta. En estas casas podemos vivir mucho tiempo o poquito porque no estamos pegados a ellas con Kola-Loca. Si queremos, abrimos la puerta, damos unos pasos y chau chau, casa, tú te quedas aquí y yo me voy a la escuela o a otro país o a visitar a mis abuelitos. Así son todas las casas dos, las casas tres y las casas muchas.

Pero la casa uno, la casa que es uno, no es así. Ésa está siempre con nosotros, toodo el tiempo,

toodos los días. Arriba de nuestros hombros, cubierta de cabello, sostenida por el cuello. Esta casa está llena de nuestros recuerdos, de nuestras ideas, de los secretos que nunca le decimos a nadie y de nuestros miedos. A nuestros amigos les podemos contar de nuestra casa, de lo que hay en ella, pero sólo nosotros la habitamos; y hay días en que nos sentimos muy cómodos, como si anduviéramos en pantuflas y tomando chocolate caliente, y otros en los que no, y sólo queremos salir de ahí.

Últimamente a Giannina esto le estaba pasando todo el tiempo, y por eso pensaba que su cabeza ya no era un buen lugar para vivir.

Antes estaba casi siempre ahí porque era como estar en una feria. Siempre había muchas cosas que hacer, y nunca se aburría. Estaban las montañas rusas con subidas y bajadas altísimas, dobles giros y espirales que antes le daban miedo, pero ya no. Estaba la casa de los espejos con todos los reflejos distorsionados. Los payasos con sus chistes malos, las gitanas que leen las cartas, las cuevas de piratas llenas de ideas como tesoros, la oficina de los objetos perdidos y el túnel de los enamorados.



No tenía reglas, ni mapas y cualquier cosa podía pasar si estaba en ella.

Giannina Reyes Giardiello

Los cuatro segundos

Empezaron a salirse todos los animales.

¿De las jaulas?... No.

¿De la casa?... No.

¿De su sombrero de chistera como si fuera un mago?... No..., pero casi.

Ella no tenía jaulas ni sombreros de chistera ni era maga. Es más, ni siquiera tenía animales.

Al principio fueron sólo hormigas o cucarachas o una lombriz azul que apareció en su almohada.

Los animales empezaron a salirse de los sueños.

Ella despertaba y los encontraba de este lado de los párpados, de este lado de los ojos, de este lado en donde vive la vida real.

Al principio se asustó e incluso salió corriendo hasta el cuarto de su mamá.

—¡Una araña! ¡Una araña! —gritaba la pobrecita.
Pero cuando vino su mamá, la araña ya no estaba.
—La soñaste, hija.

Claro que la había soñado. La recordaba bien, sus ocho patas peludas, su panza negra y su ojo.

—Pero las arañas tienen muchos ojos —le quiso explicar su padre; sin embargo, ella lo interrumpió.

—Pues la mía sólo tenía uno.

El día en que apareció una mariposa negra revoloteando en el cuarto, quiso quedarse quieta.

—No te muevas..., no te muevas.

Pero no lo logró.

—¡AAAAAAAAAAAAAAAAAyyyyyyyyyy
yyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyy!

Cuando llegó con sus papás a la recámara, se repitió la historia.

—Fue un sueño, hija.

Claro que era un sueño, pero lo que ella no entendía era cómo se le estaban saliendo de allá.

La mañana en que no pudo moverse del puro miedo por tener todas las paredes de su habitación llenas de abejas, resolvió un misterio que ni siquiera sabía que era un misterio. Tan preocupada estaba por el asunto del rastro que dejaba ella misma al

volver de sus sueños (“Seguro que son migajas de dona o chispas de chocolate o sobras de lo que sea que me esté comiendo allá en mis sueños”), que no se había preguntado por dónde se salían de su habitación todos los bichos de sus sueños.

“Van a irse al mundo y lo van a llenar de cosas raras”, pensó.

Sin embargo, cuando su habitación apareció convertida en un panal gigante con todas las paredes llenas de abejas, ella permaneció en la cama, sin poder gritar, con las cobijas subidas hasta los ojos, y así, accidentalmente, resolvió el misterio de la lombriz y las cucarachas y las hormigas que ella había estado buscando infructuosamente bajo la cama y en el ropero y a lo largo del pasillo y escalón tras escalón en las escaleras.

Lo que sucedió es que las miles de abejas desaparecieron como por arte de magia.

O sea que los bichos no se salían de su recámara por ninguna parte. Seguramente se regresaban a los sueños porque les daba miedo estar acá de este lado de la realidad.

—“Infructuosamente” —le había explicado su mamá— es cuando haces algo que no sirve para nada.

A ella le gustaban las palabras grandes. Por eso había estado INFRUCTUOSAMENTE buscando a los bichos en su casa antes de saber lo de los cuatro segundos y por eso ahora, mientras dormía, buscaba INFRUCTUOSAMENTE la esquinita de sus sueños que tenía que estar rota.

—¿Por dónde viniste? —le preguntó al chapulín que apareció junto a sus pantuflas, pero la desaparición sorprendió al chapulín justo en el salto hacia la cama, hacia ella.

INFRUCTUOSAMENTE.

Para ella, decir palabras así de grandes era como sostener una torre de cubos de madera que ante el menor error se venían abajo.

—Prestidigati... Prestidigiti... —y todas las letras, como cubos de madera, terminaban dispersas en el suelo.

—Es como PRESTIDIGITACIÓN —pudo decirlo al fin, y se refería a que la desaparición de los insectos era como magia.

La mañana en que despertó de la pesadilla, abrió los ojos y vio al conejo con el que había estado soñando. Ella hizo verdaderos esfuerzos para no saltar de la cama. El conejo sin ojos y con dientes negros ve-